

## Ensayar el ensayo

### *Cartas a una joven ensayista*

EFRÉN GIRALDO

Universidad Eafit, Medellín, 2017, 144 pp.

ENTRE LAS muchas formas en las que se puede presentar un ensayo, la epistolar es de todas la más narrativa. El artilugio funciona así: alguien que ha dominado un arte mantiene una correspondencia, por lo general ficticia, con un joven interesado en andar la senda de la creación artística. Se supone que el joven también escribe, pero de su escritura conocemos solo aquello que el maestro deja entrever en sus alusiones a las preguntas e inquietudes del otro. El pionero del género en el siglo XX fue Rainer Maria Rilke con sus *Cartas a un joven poeta*, un libro breve publicado en 1929, que ha hecho las veces de manual de iniciación para incontables poetas. Más recientemente han aparecido obras similares, siempre de corte instructivo, como *Cartas a un joven novelista*, de Mario Vargas Llosa; *Cartas a un joven bailarín*, del artista y coreógrafo suizo Maurice Béjart, y *Cartas a un joven científico*, del biólogo norteamericano Edward O. Wilson.

Se suma ahora a la colección *Cartas a una joven ensayista*, del crítico, cuentista, editor y catedrático Efrén Giraldo, doctor en literatura de la Universidad de Antioquía y jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit, quien vuelve la lupa sobre el género epistolar para pensar el arte de escribir ensayos y le da un giro cargado de intención: el receptor de las cartas es en este caso una mujer, como bien lo indica el título. Desestabiliza así la relación tradicional en la escritura, particularmente en la escritura de ensayos, y reclama, si bien tímidamente, un lugar para lo femenino en la cultura letrada. Digo “tímidamente”, pues al fin y al cabo el hombre sigue siendo el único que tiene la palabra, es el maestro y se dirige a su interlocutora con condescendencia. La mujer, muda para el lector, irá ganando presencia a medida que avancen las páginas; pero hacia el final terminará convertida en un personaje erotizado, al servicio del afán narrativo del autor y su deseo de darle un giro inesperado a su argumento.

En las primeras cartas, el autor-personaje pone al tanto a la joven de la tradición del género literario que les compete, da cuenta del papel que ha cumplido el ensayo en la cultura de Occidente y presenta a los autores más eminentes: Platón, Michel de Montaigne, Virginia Woolf y Borges, entre otros. “En primer término”, escribe en la primera carta,

(...) parece un quehacer indócil a cualquier definición, una especie de escapatória a los intentos de clasificar la experiencia literaria, una afirmación del derecho libertario a opinar y argumentar, motivados ambos por un acontecimiento o una coyuntura. Pero, por otro lado, el ensayo resulta necesario para una sociedad que se precia de estimular el debate y la confrontación, la libertad de expresión y la circulación de ideas. (p. 10)

El grueso del volumen, el ensayista lo dedica a analizar aquellos aspectos que condicionan el texto y sobre los que ejerce su influencia. El primer aspecto en el que se detiene es el espacio, y aclara que su interés es “indicar que el ensayo es necesario para la conquista de la libertad, y que esa lucha pasa necesariamente por el espacio” (p. 40). Las consideraciones respecto a los espacios que se confrontan lo llevan a ocuparse luego del problema del tiempo y su “capacidad para representar y darnos una imagen de lo que hacemos, sentimos y pensamos” (p. 63). Especialmente interesantes resultan las cartas dedicadas a la cita como una suerte de diálogo, de apertura digresiva en la que se manifiesta el carácter horizontal del ensayo; de ahí lo significativo de la elección de una mujer como interlocutora, dado que en su particular concepción del género (literario) el autor asigna una función central al lector.

Antes que pretender una definición imperante de lo que es o debe ser un ensayo, lo que a Giraldo parece interesarle es la apertura de un espacio de experimentación en el que prime el diálogo. “El ensayo celebra la impotencia de nuestros medios de conocimiento, las limitaciones, los hallazgos inesperados, y hace con estos ingredientes una fiesta de perplejidades y epifanías. El ensayo parece sentirse

cómodo en la imperfección, y por ello su aventura jamás está perdida” (p. 65).

El entusiasmo que manifiesta el autor ante las numerosas posibilidades discursivas del ensayo lo lleva por momentos a imputarle casi cualquier atributo, de manera que el texto desemboca en el planteamiento un tanto insólito e inesperado de una erótica, una *libido scribendi*, que caracterizaría al ensayo.

Ahora bien, en paralelo al desarrollo de las ideas, *Cartas a una joven ensayista* construye una narración, un discurrir de acontecimientos que modifica la relación entre el maestro y la joven aprendiz, y esta se resuelve finalmente en un encuentro que altera el tiempo y el lugar del discurso, justificando la premisa final del texto según la cual, como se sugirió anteriormente, es el impulso erótico, el deseo, lo que da vida a la escritura ensayística. “Cuando despiertes y halles este papel sobre la almohada, te preguntarás qué tiene que ver el erotismo con el ensayo” (p. 130), escribe el personaje en el que se ha convertido el ensayista. Más adelante declara que dicha erótica no es una reducción de la escritura al gobierno de las sensaciones, sino, más bien, hace que

(...) toda aventura intelectual que hay en un ensayo esté urdida por las fuerzas de la vida, con aquella filtración de líquido vital hacia las cavernas del intelecto que solo pueden prestar las pasiones. Solo de esta manera podríamos entender la idea de que el ensayo es, sobre todo, una afirmación vital. (p. 131)

Es una pena que el impulso que llevó al autor a darle a su ensayo un movimiento narrativo y ficcional, tan sugestivo y original, pasó por alto la posibilidad de darle voz al personaje de la joven, lo que habría aportado al texto aún más horizontalidad y sana rebeldía. Aunque no por eso deja de ser una lectura esclarecedora y de especial provecho para aquellos interesados en ir más allá de las limitaciones del ensayo normalizado del ámbito académico y probar las posibilidades expresivas y disruptivas del ensayo literario.

**Santiago Cepeda**